

## LOS ROSTROS DEL CINE



EO en alguna parte que es ésta la semana —cuando me dispongo a escribir— de la concesión de los Oscar. Como es sabido, estos premios son un equivalente del Nobel en la cinematografía. Una larga tradición, en la medida

en que cabe a un arte que no tiene más de medio siglo, los ha consagrado a la atención y al respeto públicos. Las adjudicaciones son siempre, aunque debatidas, justicieras. La lista de las películas y de los actores titulares de ese máximo premio son la quintaesencia histórica del arte cinematográfico. Naturalmente que, en el palmarés, faltan algunas figuras de primera magnitud. Pero, en cambio, todas las que están en él son indiscutibles, fueron indiscutibles en su día. De año en año, la lista se agranda y se ennoblece.

Y, sin embargo, nos parece a nosotros que justamente por ser el Oscar un índice meticuloso y afinado de la realidad artística cinematográfica acusa un hecho que tal vez sólo podemos calibrar aquellos que, como yo, no somos propiamente entendidos en cine. Tal vez influya en nuestro juicio cierta probable inclinación hacia otros tiempos, en los que el entusiasmo juvenil nos hacía mirar a la pantalla con más atención y más discernimiento crítico. Tal vez seamos culpables de un partidismo inconsciente hacia otras épocas, sin más razón que el que fueran las nuestras. Si es así, nos compensa la conciencia de una cierta fidelidad a los años.

¿Es o no cierto que han desaparecido, que están desapareciendo del cine aquellas grandes figuras intachables y perennes con las que el espectador llegaba a familiarizarse y a las que iba a ver por la simple resonancia de su nombre, con la seguridad de no ser defraudado? La más reciente historia del cine podría escribirse al margen de sus actores, o, por lo menos, con una letra en la que éstos no constituyeran más que un índice onomástico con un tipo menor. En cambio, la historia del cine en la etapa anterior, que fue decisiva para la instalación popular de ese arte en el mundo, estaba aparejada con cierta lealtad a sus protagonistas. No habría siquiera necesidad de citar nombres: de Greta Garbo a Ingrid Bergman, las dos grandes suecas, y la gama de actrices que fueron Norma Shearer, Joan Crawford, Katherine Hepburn, Claudette Colbert, Silvia Sidney, Janet Gaynor, y, entre ellos, a Clark Gable, Gary Cooper, William Powell, Ronald Colman, James Stewart, Robert Taylor, Tyrone Power, Spencer Tracy, James Cagney, Cary Grant... La lista sería interminable.

Algunos de estos nombres suenan aún, y aún se exhiben. El éxito de los actores sobrevive a su edad y prolonga así sobre la pantalla figuras de galán que ya han pasado dos veces la cuenta de su galantería o de su galanura. A cada una de las figuras desaparecidas las sobrevive un hueco, que no consiguen ocupar y llenar convenientemente otras figuras. Acaso asomen tres o cuatro actores jóvenes de acusada personalidad, con un perfil de actor insustituible. En cuanto a las actrices, nos hemos sumergido intrépidamente en el turbulento océano del sexy. Muchas de las actrices que gobernaron en las pantallas el gusto de las gentes en la gran época del cine monocromo, no eran atrayentes: no lo era Greta Garbo, la síntesis de todas ellas, ni lo era Katherine Hepburn, ni lo fueron siquiera la Colbert o la Crawford. La descarada starlette o las ubérrimas italianas de hoy no lograrán, empero, superar la expresividad que tuvieron aquellas joyas del arte dramático para realzar una pantalla de dimensiones modestas en la gama de situaciones y papeles más variada. Shirley Mac Laine escapa merilísimamente a esta ley del embudo y muchos nos hallamos admirándola en sus interpretaciones, no por el hecho de que sea hermosa sino precisamente porque no lo es. Al cabo de unos años, la medida de una actriz de proporciones ideales, estadísticamente determinada por los especialistas en las dimensiones de cadera, cintura y pecho, nos ha producido un empacho de falsas venus de las que no recordamos siquiera la traza y el nombre. Deseamos que suene la claqueta del director para que nos procure un rostro expresivo, una maliciosa intención, aunque no le veamos la andadura. Y cuando asoma en la pantalla el

rostro con pecas y los ojuelos de esa actriz, ya que no podemos citar a otras, advertimos con sosiego que por fin nos vuelven otra vez, tardíamente pedagógicos, aquellos que en la época escolar llamaban los malos pensamientos.

Nosotros, los de la generación del cine, que advenimos al uso de la razón con el traspás lateral y sincopado de "Charlot", hemos ido deluyéndonos luego, al correr de los años, en la expectación cinematográfica con una asiduidad decepcionada. Los westerns actuales no han añadido más que dimensión y color a los que teníamos en la memoria infantil adheridos al ánimo. Cuanto nos dicen en este terreno ya nos lo habían dicho —y nos parecía entonces insuperable— Tom Mix y Cayena. La proliferación de películas de tipo histórico, la epidemia que con tanta gracia ha sabido definir a menudo Alfonso Sánchez, no nos hace olvidar "El signo de la cruz" o el primer "Ben Hur", con Ramón Novarro. Naturalmente que, las cintas de hoy, desbordan de espectacularidad, y nos asombran por cierto realismo y por la explosión del color, por la anchura de los panoramas... Pero no son más que una ampliación técnica de los mismos temas, como la estampación cromática actual de clichés antiguos. Vimos la otra tarde en la pequeña pantalla la antigua versión de "Tres lanceros bengalíes", de Henry Hathaway. Ella, como "Beau Geste" o "Las cuatro plumas", no han sido superadas más que en adelantos técnicos por las nuevas historias de lucha y de honor recientemente importadas, aunque rodadas en Egipto o España. Y en cuanto al cine europeo que generalmente vemos, no logra sustraerse a la condición de los dramas de alcoba con revoltijo de sábanas.

La impresión puede ser —y es, sin duda— excesivamente personal y nostálgica. Pero no tanto que nos impida considerar que, desde los años de la ante-guerra hasta hoy, no ha sido colmada una función que durante un tiempo tuvo el cine y que parece haber desaparecido del propósito de los productores. No existen los Lubitsch o los Capra de hoy, creadores de la comedia optimista y graciosa, la de los gags y la de los tipos pintorescos, matriz de diálogos y ocurrencias, que proyectaban al espectador a la calle tras dos horas de risa y de sonrisa. Falta aquel "Trouble in Paradise", de Lubitsch, o los "Sucedió...", de Frank Capra, que eran una especie de invitación a la vida, ajenos al psicoanálisis y a los complejos, justo para ser proyectados en esta época en que parece que a todos nos hayan metido de refilón en el bolsillo la parte alícuota de bomba atómica que nos corresponde.

### el ceño y la sonrisa

Nosotros daríamos con gusto por bien empleada la temática y hasta la ética del cine actual, en sus vertientes de violencia física y de violencia psíquica, si ello fuera indicio de que la época no será ciertamente

violenta. Es decir: que todos los problemas de psicopatía y de complejidad que ahora asolan al divertimento en el cine fueran el reverso auténtico de la realidad. Al fin y al cabo, cuando citamos a Capra o a Lubitsch en sus tenues y sosegantes comedias de ante-guerra, no olvidamos que, contemporáneas a ellas, se estaban cocinando los antecedentes de las guerras, su sofrito preliminar. Y que el reflejo de aquellas delicias quizá nos alejara frívolamente de lo que se estaba fraguando en lo más hondo.

Quizá ahora nuestro despiste sea equivalente al de entonces, aunque en sentido inverso. Quizá cuando asistimos temblorosos a siniestros, estupros, asesinatos, contubernios, empedernidas pasiones brutales, en realidad no observamos que tras esa neblina dramática y escalofriante se ocultan sentimientos y propósitos muy benéficos y pacifistas. Ciertamente, el cine ha resultado ya otras veces la contrafaz del mundo en que alentaba. Es muy probable que el ademán ceñudo e introvertido de Marlon Brando sea sólo la periferia hosca de un sonrosado porvenir.

De todos modos, nos gustaría mucho que el rostro del mundo fuera sonriente hasta en sus apariencias y en sus símbolos. Puestos a elegir el rostro de nuestro tiempo, nosotros nos inclinamos siempre, antes que por el de Brando —y no interviene en ello una discriminación partidista de tipo galante—, por el de Shirley Mac Laine. Es, simplemente, una cuestión de sonrisa, sin que por ello queramos ofender a los que piensan que la seriedad de la vida depende del ceño con que la presidamos. La seriedad no siempre está entre las cejas.